

**L**a violencia ha sido un lastre para América Latina. Millones de personas son prostituidas en contra de su voluntad y muchísimos otros ejemplos igual de dolorosos han formado parte de la historia de todo este conjunto de pueblos. Basta recordar la innumerable cantidad de guerras y enfrentamientos internos y exteriores; las infinitas listas de desaparecidos, secuestrados, desplazados y ejecutados aún sin resolver; el maltrato hacia quienes emigran a otro país en busca de una mejor vida; las deplorables condiciones en las que se encuentran. Ante ello, no han faltado explicaciones que buscan justificar o dar sentido a la inmensa y desproporcionada cantidad de actos violentos que se han cometido, se cometen y se seguirán cometiendo: evangelización, independencia, aculturación, progreso, orden, justicia son tan sólo algunas de las supuestas causas. Frente a esta hostil realidad brota una pregunta constante: ¿hasta cuándo?

En esas luchas y enfrentamientos no existen ni la compasión ni la misericordia, mucho menos el respeto; tampoco hay implicaciones éticas de por medio; el único objetivo es el poder. En medio de ese caos, el arte surge como artefacto de salvación. Así, mediante sus reglas y posibilidades, la violencia puede ser representada. En este trabajo quisiera enfocarme especialmente en la capacidad de la literatura para, a partir de sus propios mecanismos, dialogar con la realidad.

De esa necesidad por emprender un frontal ajuste de cuentas con el pasado y enfrentar una a una sus repercusiones, surge *El olvido que seremos* (2006), la novela del escritor Héctor Abad Faciolince, cuyo telón de fondo es la Colombia de la segunda mitad del siglo xx, un escenario donde el radicalismo, la guerrilla, los altos índices de pros-

# EL PODER DE LA PALABRA y la lucha contra la violencia

**Héctor Elías Romero Noble**

**¿Qué se hace cuando se pierde a un ser querido? ¿A quién reclamar esa ausencia? ¿Quiénes son los culpables? ¿Cómo recuperarse de ese dolor? Una posible respuesta a todas esas preguntas es, sin duda, la lectura de *El olvido que seremos*, obra que narra la entrañable vida del médico Héctor Abad Gómez.**

titudin y sicariato, la intervención de los paramilitares, las atrocidades cometidas por la Iglesia, la impunidad, los secuestros, el narcotráfico, la opresión y otras desgarradoras situaciones mermaron las condiciones vitales de una inmensa cantidad de personas, quienes desafortunadamente en ese interminable trayecto perdieron la vida o a sus seres más queridos. De ese modo, la muerte de un individuo no sólo es la muerte real de una persona, también es la muerte metafórica de otras.

Precisamente en esos bordes sucumben múltiples interrogantes: ¿qué se hace cuando se pierde a un ser querido? ¿A quién reclamar esa ausencia? ¿Quiénes son los culpables? ¿Cómo recuperarse de ese dolor? Una posible respuesta a todas esas preguntas es, sin duda, la lectura de *El olvido que seremos*, obra que narra la entrañable vida del médico Héctor Abad

Gómez, padre del autor real, quien fue un hombre ejemplar con ideas certeras para mejorar el mundo, creyente de la justicia, practicante del respeto y la tolerancia, una esperanza en medio de toda esa insensibilidad encarnada en hombres y mujeres.

Ahora bien, la evocación de la figura paterna, paralelamente, funciona como documento histórico que ratifica el auge y la evolución de la violencia en Colombia. Faciolince lleva a cabo dicho ejercicio a partir de los testimonios familiares, los textos de denuncia escritos por el padre, notas periodísticas y, sobre todo, los recuerdos de la infancia y la adolescencia que lo marcaron y le permitieron construir un bello recuerdo de su padre. La singularidad de ese cariñoso hombre lleva al pequeño Héctor a preferirlo por encima de todo: “Lo amaba más que a Dios. Un día tuve que escoger en-

tre Dios y mi papá, y escogí a mi papá”.<sup>1</sup> No obstante, el recíproco y exacerbado vínculo entre padre e hijo contrasta con la caótica y convulsa realidad de la que huyen al cerrar la puerta de la casa, aunque poco a poco ese espacio privado se contamina por el mundo de afuera, pues cada vez se hará más firme el compromiso social y ético que perseguirá Abad Gómez, al tiempo que irá en aumento el desprecio de los otros.

En ese sentido, Faciolince recuerda su infancia como una invitación al lector para que pueda comprender lo dolorosa que le resulta la pérdida del padre y la necesidad de reconstruir su vida y legado mediante la palabra. Quien dijo que a través de la escritura no se podía hacer justicia no conoció una de las infinitas oportunidades que da la pluma; para ello basta mencionar el ejemplo del médico Abad Gómez, quien además de promover el respeto al prójimo en casa, también lo hizo en la cátedra universitaria y, sobre todo, en los medios de comunicación nacionales.

Sin embargo y por desgracia, esta actitud poco a poco comienza a aproximarlo al ineludible camino de todo ser humano: la muerte. Así, para nadie –ni para sus conocidos, amigos, colegas, familia (y mucho menos su hijo)– fue una sorpresa saberlo sin vida, ya que las amenazas a las que se vio expuesto, sus polémicas y contundentes denuncias, su espíritu de justicia y su diferencia en una nación tan herida, simbólicamente lo condujeron a cavar su propia tumba.

Asimismo, en un pasaje de la novela Abad Faciolince escribe: “hay una verdad trivial, pues no hay duda ni incertidumbre al decirlo, que sin embargo, es importante tener siempre presente: todos nos vamos a morir, el desenlace de todas las vidas es el mismo” (229); de esa forma, morir no

es el destino más doloroso cuando el ser humano se ve sometido y privado de sus derechos vitales; muchas personas caen en un abismo donde ese deseo casi natural por vivir se anula frente al horror que significa ser tan lastimado. Un claro ejemplo de esta circunstancia está consignado en la página

**El título de la novela, [...] sirve como un llamado para dilatar el camino inevitable que todo ser humano seguirá cuando haya perdido la vida, el olvido, y en esa propagación Abad Faciolince hace un llamado para recordar los brutales actos de violencia cometidos diariamente a manos de quienes supuestamente velan por el bien común.**

214 del libro, en la cual el escritor recupera algunos fragmentos de uno de los más valientes artículos firmados por su padre. En tal texto, el médico encara frontalmente a todas las autoridades de su país, quienes (entre muchas otras atrocidades) volvieron la tortura una práctica común en los “interrogatorios de rutina”. A continuación comparto parte de estas lastimosas líneas:

Yo los acuso de colocarlos en medio de un cuarto, venda-

dos y atados, de pie, por días y noches enteras, sometidos a vejámenes físicos de la más refinada crueldad, sin dejarlos siquiera sentarse en el suelo un momento, sin dejarlos dormir, golpeándolos con pies y manos en distintos lugares del cuerpo, insultándolos, dejándolos sin camisa, en altas horas de la madrugada para que tiemblen de frío, hasta hacer inaguantables los calambres, los dolores, el desespero físico y mental, que ha llevado a algunos a lanzarse por las ventanas, a cortarse las venas de las muñecas con pedazos de vidrio, a gritar y a llorar como niños o locos, a contar historias imaginarias y fantásticas, con tal de descansar un poco de los refinados martirios que les imponen (214).

En ese tenor, el título de la novela, además de hacer alusión a lo efímero del tiempo y de la existencia, sirve como un llamado para dilatar el camino inevitable que todo ser humano seguirá cuando haya perdido la vida, el olvido, y en esa propagación Abad Faciolince hace un llamado para recordar los brutales actos de violencia cometidos diariamente a manos de quienes supuestamente velan por el bien común; para recordar a todas esas personas que no sólo han sido privadas de la vida, sino también de su dignidad humana; para recordar a quienes en un acto de valentía han sido capaces de luchar por causas justas, y para recordar todas las heridas que los gobiernos y las instituciones religiosas han dejado en la memoria colectiva e individual de los Estados latinoamericanos.

También *El olvido que seremos* es la primera línea del soneto “Epitafio”, de Borges, que el médico colombiano lleva en su peregrinar hacia la muerte, junto con



*La quintaesencia. Fotograma núm. 701*

un listado de cuya existencia se percata cuando de una emisora radiofónica lo llaman para informarle “que su nombre estaba en una lista de personas amenazadas que había aparecido en Medellín, y que en ella se decía que iban a matarlo” (232). El poema, entonces, cobra especial relevancia tras su asesinato, pues funge como homenaje para quienes, como él, han muerto en la defensa de sus ideales o han sido mártires en esas luchas.

No obstante, la muerte de este hombre llega muy tarde en comparación con su labor altruista. Desde la cátedra universitaria corroboró su compromiso social al implementar campañas de higiene

y prevención en toda la ciudad; ese conocimiento de la situación ajena lo condujo a exponer en *El Mundo de Medellín* y *El Tiempo* de Bogotá la negligencia de las autoridades en los asuntos de salud pública y el desinterés por mejorar las condiciones de vida de los más pobres, razón por la que se ganó el odio y el repudio político. Asimismo, ese rechazo fue visible en la Universidad de Antioquia, donde en múltiples ocasiones fue sentenciado por sus superiores y blanco de calumnias por sus colegas. Por ello, en cierto momento tuvo prácticamente que autoexiliarse, viajando frecuentemente a Asia para no someterse a la censura o en cualquier momen-

to ser destituido de sus funciones académicas.

Abad Gómez huye también por la impotencia de verse en medio de disputas ideológicas, en las cuales el bienestar colectivo pareciera ser la última razón: tanto para los defensores de la izquierda como para los de derecha lo más importante siempre fue el poder y a costa de ello no importaba hacer hasta lo imposible para llegar a la cima. En ese sentido, el texto es bastante crítico con los preceptos que sustentaron, desde el siglo XIX, las dos grandes vertientes políticas de América Latina.

Si realmente había un compromiso en cada trinchera, ¿entonces



*Andrea y el invierno*

por qué en ningún grupo ideológico tuvo lugar este cálido personaje? Sin embargo, a fin de cuentas nada ni nadie podrá ensombrecer la notable labor social que Héctor Abad Gómez realizó en su afán de mejorar el mundo. Lo más admirable fue su capacidad para no perder la fe (y no precisamente la cristiana) en medio de tantas ejecuciones, tantos muertos, tantos condenados al olvido.

Por otro lado, desde la infancia de Héctor Abad Faciolin-

**La escritura busca lo imposible: el triunfo del recuerdo sobre el inminente olvido, pues si bien este último es una condena que todos algún día pagarán, nadie dijo que no vale la pena luchar.**

ce hasta su adultez siempre hubo una sombra: la religión. Desde pequeño recibió dos formaciones: la de su padre y la de la hermanita Josefa, quien quiso inculcarle la palabra de Dios, sin obtener los resultados esperados. A propósito de ello, es inevitable preguntarse por qué tanta gente mala sigue su paso por la vida sin ninguna represalia, pero sobre todo dónde está Dios cuando matan, ultrajan o violan a tantas personas inocentes.



“personas no gratas”; han conspirado con la mafia; muchas veces no han cedido ante el dolor de los demás; han conocido los trasfondos de las decisiones políticas; han provocado los cuestionamientos a la institución religiosa; han desacreditado a Dios.

Paradójicamente, esos “defensores del bien” siempre desacreditaron a Abad Gómez e incluso ya muerto le negaron el derecho a ser despedido en la casa de Dios; nunca se expresó mal de él y aunque no asistiera cada domingo a misa, sentía especial respeto por su misericordiosa personalidad. A pesar de su complicada relación con la Iglesia, siempre buscó que su hijo respetara la fe católica, pero tal empresa no se cumplió del todo, pues la actitud de los funcionarios religiosos era reaccionaria y agresiva; ésta alcanza su punto álgido cuando sale a la luz pública un comunicado en cuyas líneas se atacaba al médico de Medellín.

A ello se suma el hecho de que padre e hijo no encontraron en la religión “una cura milagrosa”, como el resto de la gente, ni tampoco la resignación cuando ellos perdieron a algunos de sus seres más queridos, sino un antídoto que “los corderos de Dios” usan para cegar de la realidad a todos sus devotos (son por todos conocidos los fines con los cuales la Iglesia ha impuesto su dominio en momentos de revuelo ideológico y político).

Por su parte, con la pérdida de Marta (hija de Gómez y hermana de Faciolince) la familia comienza a desafiar a Dios; nadie entiende cómo un ser tan joven pueda irse de la vida: “Un cáncer, a los dieciséis años, y en una muchacha así, como era Marta, producía un dolor y un rechazo insoportables” (156). Y el día de su muerte ningún santo, ningún pasaje bíblico, ningún proverbio, nada pudo apaciguar esa pena tan profunda e insuperable.

Este desconuelo frente a la vida se acentúa con la pérdida del padre: en tales circunstancias es imposible saber cómo piensa Dios, cuáles son sus criterios para tomar decisiones, por qué se lleva del mundo a gente tan noble. Héctor Abad Gómez muere trágicamente el 25 de agosto de 1987 y aunque un sicario le descarga seis balazos, en realidad hubo muchos culpables, cuyos nombres todavía están en las tinieblas, y si existe el infierno, ellos son su representación humana.

Así, la muerte del padre, y la de todos sus compañeros de lucha, despierta la conciencia de Faciolince, quien tras verse en ese desolador estado decide tomar justicia mediante la palabra. A través de ella reconstruye los momentos más memorables de sus dos vidas, la que vivió con su padre y la que empezó a vivir cuando supo que ya no lo vería jamás. La escritura busca lo imposible: el triunfo del recuerdo sobre el inminente olvido, pues si bien este último es una condena que todos algún día pagarán, nadie dijo que no vale la pena luchar como Héctor Abad Gómez lo hizo a través de su labor periodística, académica y altruista y como Héctor Abad Faciolince lo hace mediante este emotivo y nostálgico texto. **LPyH**

• **Héctor Elías Romero Noble** es estudiante de la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas de la UV. Actualmente es corrector de estilo independiente.

#### NOTA

<sup>1</sup> Héctor Abad Faciolince, *El olvido que seremos* (México: Planeta, 2011), 11. En adelante, todas las referencias serán de este libro.

Sí, creer en Dios es también una manera de reconfortarse, de pensar que él sabe perfectamente el porqué de cada cosa en el mundo; así, hasta los más desamparados y dañados se congregan ante su palabra, pensando que su compañía les asegurará la felicidad y servirá como escudo ante tanta hostilidad. Sin embargo, esa idea contrasta mucho con sus representantes terrenales: ellos han ordenado asesinatos, han cerrado las puertas de los templos sagrados a